

Mérida, 1-3-14

Calle Larga

W. Barreto

Ella a veces entra sin permiso y por antojo del azar nos elige, en un país donde "la vida no vale nada, sino es para perecer, para que otros puedan tener, lo que uno disfruta y ama... la vida no vale nada, si ignoro que el asesino cogió por otro camino y prepara otra celada" ("La vida no vale nada", Pablo Milanés, 1976). Y ninguna muerte, ninguna, es necesaria para aceptar el final de un gobierno felón y, ahora a la vista de todo el mundo, criminal. El dolor está escrito con sangre en la calle: "Tu bala llevaba mi nombre, el nombre de todos nosotros. Fui yo el que cayó muerto y mis amigos me cargaron sobre sus hombros. Mi padre y mi madre te lloran porque ya no te sentarás a la mesa, Bassil." (Anónimo, 13-02-14). Quedó escrito en todas partes, sobre todo en nuestra memoria, ésa y todas las otras muertes violentas, todas, que el gobierno insiste en propiciar. Aquello fue una emboscada: "La única protección de los estudiantes de nuestro tiempo es el azar de una pura y simple repartición entre los disparos y sus cabezas. Ellos

saben, mientras corren juntos, que la suerte se está repartiendo y extinguiendo segundo a segundo, esperando a que alguno caiga y la ruleta vuelva a girar." ("¿Por qué los estudiantes?", Federico Vegas, *Prodavinci*, 21-02-14).

¿Cuándo llegará el final del gobierno criminal? Cuando el terror y el miedo son sus recursos psicológicos, uno desea que sea más pronto que tarde. Pero hay que tener paciencia, la calle se hace larga para sumar más y más eslabones a la cadena humana. Todo está consumado. Ha quedado en evidencia ante todos nosotros y el mundo el verdadero talante del gobierno, ¿quién lo puede dudar ahora? y quien lo duda o niega se hace cómplice de los asesinatos, del sorteo de la muerte, ajusticiamientos, represión desmedida y desproporcionada, torturas, y lo que sabemos puede ocurrir si no desarman a los colectivos motorizados.

Recurro a Serrat por instinto para conjurar la posibilidad, negada mil veces, de un solo estudiante torturado, asesinado y desaparecido: "No perdono a la muerte enamorada, no perdono a la vida desatenta, no perdono a la tierra, ni a la nada. En mis manos levanto

una tormenta de piedras, rayos y hachas estridentes, sedientas de catástrofes y hambrienta. Quiero escarbar la tierra con los dientes, quiero apartar la tierra parte a parte, a dentelladas secas y calientes. Quiero mirar la tierra hasta encontrarte, y besarte la noble calavera, y desamordazarte y regresarte." ("Elegía", Miguel Hernández, 1972). No hacen falta otras palabras. Son ésas, las escritas en la historia de la Calle Larga.